

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

La última leyenda del Duque de Rivas	<i>E. Segura Covarsí.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Adelardo López de Ayala.</i>
Miro mis manos	<i>Manuel Arce.</i>
Sin ninguna importancia: <i>The time is money</i> ...	<i>Mariano E. Cardenal.</i>
Sortilegio	<i>Carlos Callejo.</i>
La Brigadiera (Historia novelada)	<i>Eduardo H. Pacheco.</i>
Llamas de capuchina.....	<i>José Canal.</i>
Sonetos a la II Asamblea de Estudios Extremeños	<i>Antonio López Martínez.</i>
Giraldo Simpavor.....	<i>Gervasio Velo.</i>
Versiones líricas: <i>David y La comida de las aves</i> , de Francis Jammes.....	<i>Leopoldo Rodríguez Alcalde.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Panorama urbano (A)	<i>Fernando Vaca García-Solá.</i>
Elogio y nostalgia de un poeta que nos arrebató la tempestad.....	<i>Fernando Pérez Marques.</i>
Mirador: Crónica	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M.</i>
Ilustraciones.....	<i>J. Murillo.</i>
Láminas.....	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Herreros, Bravo y Javier.</i>



ALCANTARA



AÑO VI

31 ENERO 1950

NÚM. 27

La última leyenda del Duque de Rivas

EN el año 1926 publicó Gabriel Boussagol el estudio más completo y metódico realizado en España y en el extranjero de la labor poética del Duque de Rivas. Fué su tesis doctoral, presentada en la facultad de Letras de Paris. El libro de este insigne erudito francés se hace acreedor del elogio general; pero en él se observa una preocupación constante, que si no supone un defecto al menos implica una limitación. Anota todas las posibles fuentes escritas de las obras de Rivas y ciñe, en línea débil e imprecisa, su valorización estética. Con gran sagacidad y alarde erudito estudia las composiciones de D. Angel de Saavedra por orden cronológico de su producción, y señala los antecedentes donde supone que bien pudo inspirarse.

En las últimas páginas del libro de Boussagol encontramos algunas frases dedicadas a «El Aniversario», la última leyenda que escribió el genial cordobés. Son unas líneas breves, muy concisas pues muy poco—nos confiesa el mismo Boussagol—sabía de esa obra poética, y sus juicios y confesiones han sido la causa que nos ha impulsado a escribir este breve ensayo literario.

Boussagol nos manifiesta su desconocimiento respecto a la leyenda en que descansa *El Aniversario*: «Cette légende parait reposer sur une tradition locale que j'ignore: la rivalité des portugaises et des Bejaranos». Dice, también, que algunos detalles de esta composición poética se pueden explicar por pasajes de otras obras anteriores del mismo autor. *El Aniversario* para el investigador francés ofrece una extraña originalidad quizás por desconocer el hecho histórico en que se sustenta. Precisa el metro en que está compuesto: endecasílabos asonantados, forma métrica que ya empleó el Duque de Rivas en los comienzos del *Maldonado* y en *El moro expósito*. Y finaliza su juicio crítico valorizando desigualmente las tres partes

que integran esta leyenda, de las cuales la tercera le recuerda a *Flo-rinda* en un detalle: una campana que tañe sola, aunque esto es un elemento folklórico muy generalizado, y le encuentra cierta semejanza con un cuento de Anatole France *L'etui de nacre*; Rivas describe una misa celebrada ante esqueletos humanos y France narra *La messe des ombres*.

Así, esta falta de documentación y el ignorar cosas disculpables en un extranjero, me han impulsado a desvanecer algunas de sus dudas y a completar esta reducida información.

II

EL ROMANTICO Y EL DUQUE

La leyenda es un género típicamente romántico. Es un relato breve en verso o prosa. Esa misma brevedad impide el estudio y desarrollo de los caracteres. Zorrilla fué el maestro de esta modalidad literaria, y, si Rivas comenzó a cultivarlo, no poco influyó el haberle dedicado el vate vallisoletano una de sus mejores leyendas. A esta delicadeza contestó el Duque con otro de sus mejores poemas de esta índole: *La azucena milagrosa*.

No busquemos en *El Aniversario* aquello que no pudo haber: ni profundos y estudiados caracteres, ni acción suficientemente desarrollada. Se reduce a un suceso sencillo, con personajes que se mueven a impulsos de la más anárquica pasión, en un fondo histórico, lejano y deformado, que encaja en un ambiente romántico, apreciable ya en los epígrafes que anteceden a las diferentes partes que integran la leyenda: *La velada—El embozado, el rapto y la dama—La batalla y la misa*.

Rivas conserva, generalmente, cierto realismo en sus descripciones, sin embargo, el Badajoz que nos diseña—Rivas era excelente pintor—tiene algo de impreciso. Es un boceto sin matices ni calidades, aunque no faltan rasgos que individualizan el paisaje. Las siluetas de torres, cúpulas cristianas y minaretes árabes, recortadas en el aire y las pequeñas ondulaciones de cerretes calvos o coronados de avizoras atalayas, son rasgos bien observados por un viajero que desde Castilla se adentra con presura en Portugal por la raya fronteriza de Caya:

«Recortó con sus últimos destellos
Las altas frentes y erizadas puntas
De las torres y montes convecinos,
Que a Badajoz defienden y circundan.»

En estos cuatro versos el duque de Rivas recoge dos rasgos esenciales del paisaje urbano y convecino de Badajoz: sus torres y alminares bien calificadas de *altas frentes y erizadas puntas*, y los montes que lo rodean con indiscutible sentido de defensa.

Pero aquí termina el carácter localista del paisaje; después hay rasgos que pueden encajar en cualquier población provinciana de España.

En Badajoz se celebra el aniversario de aquel día en que Alfonso VII rescató la ciudad de los sarracenos. Han pasado dos centurias. Se organizan festejos conmemorativos bien necesitados, pues el año anterior sufrió la enconada lucha de dos bandos poderosos que integraban la casi totalidad de su población: los *Portugaleses*, lusitana estirpe, y los Bejaranos, de extremeña alcurnia.

En el duque de Rivas pugnan dos inclinaciones: una movida por su espíritu selecto y aristocrático, otra de tendencia hacia lo popular, muy romántica. Esta disparidad atractiva se ofrecía con claridad en los primeros versos de *El Aniversario* al describir los festejos populares:

«Allá en los soportales se establecen
Puestos mezquinos de confites, frutas,
Licor, torrados, nueces, chucherías,
Y a un tiempo gritos mil su venta anuncian.
El aceite en que hierven los buñuelos
Infesta el aire más que lo perfuma,»

Se recrea Rivas describiendo estos solaces de carácter popular—es el color local tan necesario para el romántico—; apunta la nota pintoresca de los puestos callejeros, enumera sus mercancías, no se olvida del puesto de buñuelos, pero recuerda con más insistencia aún y desagradado el humo del aceite tan molesto que ahoga e infesta el aire.

Describe con maestría la salida del toro enmaromado, los gritos y carreras por las calles y plazas hasta el toque de media noche, en que el toro—buey enorme guadianeño—vuelve otra vez al bostar.

Pero si hasta ahora hemos contemplado al escritor romántico dando pinceladas de un festejo popular sin olvidar la barahunda de la canalla que piruetea en torno a la hoguera de la plaza, ni los gritos de los vendedores ambulantes, ni la suerte del toro enmaromado que da revolcones al alcalde y persigue a la ronda de aguaciles ante el regocijo de la chusma, también podemos observar al aristócrata, de espíritu fino y delicado que acusa el desagradable olor del humo de los churros y ve con agrado el ennoblecimiento de la fiesta cuando las calles y plazas se ven honradas por la gente culta, las damas y galanes elegantes y distinguidos, y a los cánticos populares soeces y desafinados sucede la música de las bandurrias, vihuelas, menestres y panderos que entonan agradables melodías:

«Aquel grosero bullicio
Y atronadora alegría,

Que en las fiestas populares
Nos aturde y nos fastidia;
.....

Ya de la alegre velada
Desaparecido habían,
.....

Y aquel tropel de borrachos
Y de chicos y de chicas,
Que disgustos causan sólo
Y desazones y riñas,
También rendido o disperso
En hondo sueño yacía,
Déjando la extensa plaza
Más desahogada y tranquila.
No incomodaba la hoguera,
Ya leve llama y ceniza
Y sólo de los balcones
Las luminarias ardían.»

Su espíritu delicado se entusiasma cuando describe los ricos ropajes que visten las damas con sus adornos de pluma y cintas que son en la plaza, como en el jardín las flores; lucen también sus valiosas joyas que fulguran a la luz de la luna en competencia con sus ojos llenos de encantos, y en la noche se recortan sus ligeras siluetas de quebradizos talles.

En este ambiente silencioso, de sombras y luces, aparecen los personajes centrales de la tragedia: la dama D.^a Leonor de Bejarano, acompañada de sus padres y hermanos, y el embozado cuyos negros ojos brillan como relámpagos atroces cuando contempla a D.^a Leonor cortejada y obligada a bailar con su rival: ¡un portugués! La dama rodeada de luz y de la protección de parientes y amigos; el embozado constituye un grupo de tintes negros, como sus pensamientos encajados en un marco muy romántico.

«En un rincón de la Plaza
Detrás de unos pilares
Que cortaban de la hoguera
El paso a los resplandores
Un siniestro grupo forman,
Bañado en sombra, tres hombres,
Envueltos en capas negras
Que ocultan luengos estoques
Con el embozo el semblante

Hasta las cejas esconden
Y calados los birretes
En silencio están inmóviles.»

El Duque de Rivas urde la trama del poema con el mejor cañamazo de su credo estético. Fundamenta la acción de la pugna que existe en una ciudad—Badajoz—entre dos poderosas familias—Portugaleses y Bejaranos—cuya temática se enlaza con la de los legendarios amantes de Verona. Ambos bandos desde que la ciudad fué conquistada a los moros, por los repartos de heredades, se constituyen en enemigos irreconciliables. Pero este motivo resulta falto de vitalidad para el romántico Duque, quien reanima esta animadversión con el amor: el amor contrariado de una dama de la familia de los Bejaranos y un joven enamorado apasionadamente, que desencadena una cruel lucha para conseguir a la bella Leonor. El rapto en medio de la pelea no deja tampoco de ser un lance muy romántico.

Con la descripción de la lucha entre Portugaleses y Bejaranos da comienzos la tercera parte del poema, fundada esta vez en una leyenda local, pacense, de la que existen algunas versiones escritas y que se perpetúa a través de generaciones y encarna en la figura de un obispo, Alfonso I, de quien se dice que murió oficiando el santo sacrificio de la misa.

Termina la obra de Rivas con la celebración de la misa que el sacerdote tiene la obligación de ofrecer, en aquella fecha, para dar gracias a Dios por la liberación de Badajoz del poder de los musulmanes. Con la celebración del sagrado oficio, D. Ángel de Saavedra utiliza otro elemento muy romántico: el tema sepulcral.

La plaza está encendida en armas; pero el sacerdote atraviesa ese campo de Martes, extasiado, para recogerse en la desierta Catedral, porque la campana que convoca a los fieles dió el sonoro aviso, tañendo por sí sola o compelida por impulso divino.

El sacerdote revestido, y, ya en el altar, comienza el santo sacrificio; ya leyó la epístola y tiembla pensando que al volverse hacia los fieles ha de encontrarse con el templo vacío. Ya brota de sus labios temblorosos la frase acongojada de «El Señor sea con nosotros», más su vista se nubla y queda frío, como las losas de los sepulcros, al ver las naves completamente llenas de fieles:

«Mas ¡qué concurso! ¡oh Dios! Concurso helado
Que ni alienta, ni muévase, ni brillo
Muestra en los ojos... Turba de esqueletos...
¡Esqueletos!... Envueltos en sudarios.
.....
Abiertas de la iglesia en suelo y muros
Estaban de sepulcros y lucillos
Las losas...
.....

Si. Los conquistadores denodados
Que a Badajoz ganaron para Cristo,
Salieron con los suyos de las tumbas
A adorar a Dios vivo;

.....

Por fin la misa termina y el sacerdote pronuncia el «Marchad, la misa concluyó». Aquel gentío espectral tornóse en nada y se cierran las losas de los sepulcros.

No pudo más el Santo Sacerdote;
Una misión terrible había cumplido.
Fué a recoger de su fervor el premio,
Y muerto a tierra vino.

Aquí termina la leyenda *El Aniversario* del Duque de Rivas fechada en Madrid en Mayo de 1854.

III

LA HISTORIA Y LA LEYENDA

Dos elementos o fuentes utiliza el Duque de Rivas para construir *El Aniversario*: un hecho histórico, la lucha de Portugaleses y Bejaranos ocurrida en el reinado de Sancho IV *El Bravo*; y una leyenda local que se perpetúa a través de generaciones y encarna en la figura de un Obispo, Alfonso I, que murió oficiando el santo sacrificio de la misa.

En la *Crónica de Sancho el Quarto* se relata con todo detalle este episodio histórico de la lucha fratricida entre Portugaleses y Bejaranos (1).

(1) «E estando el rey D. Sancho en Burgos llególe mandado en como en la cibdad de Badajoz ovieron contienda los unos con los otros de los linajes que había y unos de Bejaranos e otros Portugaleses; e la contienda que entre ellos ovo fué sobre demandas e acusaciones que los Portugaleses facían a los Bejaranos, porque decían que avían tomado los más dellos algunos de los términos, de que se aprovechaban, e porque D. Alfonso Rodríguez que era privado del Rey, era Portugués, e teniese con los Portugaleses, mandó el Rey que tomasen los heredamientos a los Bejaranos e los entregasen a los Portugaleses; e por esta razón andudieron fuera de la cibdad algunos de los Bejaranos querellándose al Rey del cual que rescibieron en tomarles lo suyo e entregarlo a los otros, e pidiéronle por merced muchas veces que gelo mandasen entregar: e acabó de gran tiempo, veyendo el Rey que los agraviaba, mandóles dar sus cartas en como gelo entregasen. E desque llegaron las cartas a Badajoz, non quisieron complirlas los Portugaleses, e tornáronse como de cabo los Bejaranos a dar la querrela al Rey, que no quisieran cumplir sus cartas, e con gran afincamiento que le facían, dijoles que pues que ellos naturales eran de Badajoz, que tamaño e mayor poder avien ellos como los Portugaleses; que cuando sus cartas no quisieren cumplir los Portugaleses, que ellos devien facer porque las compliesen; e con estas



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»
D. Narciso Maderal

Es posible sin embargo, que el Duque de Rivas no conociera esta *Crónica*. Quizá utilizara la *Historia de España* del P. Mariana. Esta Historia fué hontanar muy empleado por los escritores del Romanticismo español. Mariana, a su vez, en nota reproduce el texto íntegro de la *Crónica*. Quizás que el Duque de Rivas conociese el texto de la *Crónica*; mas no pudo ignorar algunas de las versiones en donde se asegura que Sancho IV había estado el año anterior a estos sucesos en Badajoz poniendo paz entre estos dos linajes levantiscos. El historiador extremeño Díaz Pérez afirma y sostiene, sin documentación alguna, que Sancho IV estuvo en Badajoz en el 1288 y puso en paz a Portugaleses y Bejaranos. Una fuente semejante tuvo que utilizar Rivas cuando nos dice en su leyenda:

«De un año de ansiedad y de miseria
 En que la tuvo la enconada pugna
 De dos linajes nobles y ambiciosos,
 De Badajoz azote y amargura:
Portugaleses, lusitana stirpe,
 Y *Bejaranos*, extremeña alcornia;
 Rivales poderosos, que el dominio
 De la infeliz ciudad fieros disputan;
 Y que poner en paz D. Sancho el Bravo
 Logró hace poco con prudencia suma
 Gozando el pueblo, aunque por breves horas,
 De tal Monarca la presencia augusta.»

Señala Rivas, también, la diferencia de un año de una a otra contienda de Portugaleses y Bejaranos, y no deja lugar a dudas de que el monarca visitase Badajoz.

El Duque de Rivas conoce esta doble discordia de Portugaleses y Bejaranos; pero ya hemos indicado que el motivo del amojonamiento de unas dehesas, no le parece poético para hacer renacer,

palabras que les dijo el Rey, fuéronse los Bejaranos para Badajoz e apercibieron todos sus parientes e todo su bando, e desque leyeron las cartas en concejo e non las quisieron los Portugaleses cumplir, como iban apercibidos, pelearon con ellas e mataron muchos de los Portugaleses, en guisa que se apoderaron de toda la cibdad; e desque fueron entendiendo cuán mal lo habían fecho, tomaron gran miedo del Rey, que los mataría por esta razón, e alzáronse en la villa de suso, que es muy fuerte, e desque la ovieron bien bastecida e fueron bien apoderado della con el miedo que avían tomado del Rey, ovieron a tomar voz de don Alfonso, fijo del infante don Fernando. E el Rey don Sancho envió luego mandar a don Rodrigo, maestre de Calatrava, e al maestre de Santiago, e el maestre de Alcántara, e el maestre del Temple, e el Prior del Hospital de San Juan, e a los del reino de Sevilla e de Córdoba, que fuesen a cercar a Badajoz. E los que y estaban alzáronse en la muela de encima del castillo e desque y llegaron estas gentes todas, trojieron pleito con los del castillo, que les aseguraban de parte del rey que no les farían mal ninguno, e ellos por este aseguramiento dieron el castillo; e dado el castillo mandó el Rey que matasen a todos aquellos que eran del linaje de los Bejaranos e mataron entre omes e mujeres cuatro mil e más».

por segunda vez, este conflicto y crea los amores contrariados de D.^a Leonor de Bejarano.

Los historiadores coetáneos como Diego de Valera en *El Novenario estorial*, y otros posteriores nacionales o regionales siguen la *Crónica de Sancho IV*, como lo hace constar D.^a Mercedes Gai-brois en el magistral estudio de esta *Crónica*.

Otros historiadores regionales adicionan algunos detalles como D. Juan Solano de Figueroa quien en su *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz* nos asegura que los cuatro mil bejaranos muertos fueron «enterrados en el campo a donde está la ermita de San Roque, que se llama desde entonces el osario, y corruptamente por el vulgo emario, y ensaio» y añade: «en el año 1619 uvo una fatal plaga de langostas; y abriendo en el mismo sitio unos fosos grandes para enterrarlas, se halló una calavera pasada por un clavo» (bien puede entroncarse esta tradición con la que sirvió de sustento a la novela de Alarcón *El Clavo*), y una canilla con una lanza, testigos son de aquellos infortunios para escarmiento de desleales «advierte que es digno de recordarse el que en esta región haya desaparecido el apellido de Portugaleses, y sin embargo en Alburquerque (Badajoz) y Trujillo (Cáceres) conserve el de Bejarano», y termina Solano de Figueroa diciendo: «Quizás castiga Dios con el olvido la culpa que los portugueses tuvieron».

D. José López Prudencio, en *La Esfera*, n.º 40 sept. 1921 «*Tragedias muertas*», publicó en forma amena y literaria antecedentes de la rivalidad entre portugueses y bejaranos, al referirse a D. Velasco Bejarano al lado de quien se agruparon en 1270 sus familiares—Bejaranos, Pérez, Orinazas, Fernández—contra el poderío adquirido por los Goes, Pereras, Gómez, Esteban y Sánchez, que se acogían en torno a la infanta portuguesa D.^a Mafalda.

Este episodio histórico fué también fuente de inspiradas poesías, como aquel célebre romance de Lorenzo de Sepúlveda, poeta pacense del siglo XVI, titulado «Bandos de Badajoz entre Portugaleses y Bejaranos.—D. Sancho IV los pasa estos últimos a cuchillo porque le desobedecieron» y comienza así:

«Allá dentro de Badajoz,
dos bandos hay muy contrarios,
uno los Portugaleses
contra de los Bejaranos.»

D. Felipe Cabañas Ventura compuso también otro romance alusivo a estos acontecimientos según testimonio de D. Alberto J. de Thous Moncho, en su obra *Badajoz a través de la Historia Patria* y que comienza así:

«Después del breve reinado
de la musulmana raza
por el rey Alfonso Nueve

fué de nuevo conquistada
la ciudad de Badajoz.»

La leyenda popular referente a la celebración de la misa en la Santa Iglesia Catedral por un venerable sacerdote y con el concurso de los esqueletos allí enterrados, así como su muerte, al finalizar el sagrado sacrificio, no cabe duda que es de carácter popular y nació al suponerse muerto el 10 de abril de 1289, celebrando misa en la Catedral de Badajoz, el Obispo D. Alfonso I, anciano sacerdote de ejemplares virtudes. Sin embargo en la *Historia eclesiástica...* ya citada de D. Juan Solano de Figueroa no encontramos por esta fecha a ningún obispo llamado D. Alfonso, y si hace hincapié en que en el 1287 ya era obispo de la ciudad D. Gil Ruiz y no D. Gil Colona, como aseguraba el Dr. Rodrigo Dosma. En tiempos, el mencionado Obispo Gil Ruiz describe Solano de Figueroa la tragedia de los Bejaranos. Bien podemos suponer que esta leyenda es de origen popular y que algún sacerdote de la ciudad pudo morir oficiando el santo sacrificio de la misa por aquel entonces, y la fantasía unió esta muerte ocasional con la tragedia de los portugueses y bejaranos.

Es quizás el P. Fita y D. Aureliano Fernández Guerra en sus *Recuerdos de un viaje* los que ofrezcan más detalles de este suceso. Después de narrar las disidencias y luchas de una y otra estirpe pacense, se recrea en el milagro de la misa. Dice que acercándose ya la hora, ni canónigos ni servidores, de la iglesia se atreven a dirigirse al templo. Un *Santo y anciano sacerdote* (nadie habla de la dignidad del obispo), no puede llevar en paz que deje de celebrarse el oficio divino; penetra en la catedral, acompañado de un fiel paje, hace abrir las puertas, repicar las campanas—Rivas hará que las campanas suenen solas—, se reviste y sube al altar mayor. En la plaza ensordecen el espacio gritos de venganzas y enojos y el incesante golpear de las armas. Así comienza la misa y el relato se ajusta al que ya hemos descrito al hablar del *Aniversario* de Rivas, aunque con profusión de detalles. El sacerdote al renovar la salutación al comenzar el ofertorio, ve entre los asistentes a infinitas damas con riquísimos brocados, próceres y magnates con garnachas y preciadadas lobsas, guerreros ilustres cubiertos de acerinas mallas, caballeros en cuyos mantos luce la verde cruz de Alcántara, dos o tres monjes que ciñen mitra episcopal. El resto de la narración no ofrece diferencia alguna.

El 17 de mayo de 1911 se celebraron en Badajoz unos Juegos Florales. Fué mantenedor de la fiesta el insigne dramaturgo Jacinto Benavente. En dicho Certamen presentó Antonio Teixeira y fué premiada una composición titulada *El milagro de la Fe*, en ella reverdece este mismo tema: la lucha de portugueses y el milagro de la misa. Antonio Teixeira recogió esta composición en su libro titulado *¿Y de estos papelotes...?* publicado en Madrid 1925, con un prólogo de D. Jacinto Benavente:

Con esta noticia terminamos nuestro ensayo sobre *El Aniversario* del Duque de Rivas; pero muchas preguntas que nos formulábamos al principio quedan flotando en el aire: ¿De qué fuentes se valió directamente Rivas? ¿Cuándo se *contaminó* la historia de la lucha de Portugaleses y Bejaranos con la leyenda «el milagro de la Misa»?

En fin, el formulario sería extenso, más historiadores y folkloristas extremeños podrían aclarar muchas de estas preguntas.

E. SEGURA COVARSI



IDEARIO EXTREMEÑO

¡Valor! y que resulte de mi daño—fecundo el bien; que de la edad perdida—brote la clara luz del desengaño—iluminando mi razón dormida:—para vivir me basta con un año,—envejecer no es alargar la vida:—¡Joven murió tal vez que eterno ha sido,—y viejos mueren sin haber vivido!

ADELARDO LOPEZ DE AYALA

Miro mis manos

Hay algo que me duele profundamente, adentro.

Donde la sangre acaba y comienza el reino mago.

Y voy citando nombres, motivos que liberen;

que me den la palabra para poder nombrarlo.

Miro mis manos. ¿Pájaro?, ¿amor?, ¿noche?, pregunto.

(El otoño ha secado las ramas del verano).

Me pregunto esperando la repuesta infalible,

y escucho al corazón latir maravillado.

Miro mis manos. «Ella no está lejos», me dicen.

Y al mirar su contorno me acercan lo lejano:

nuevas ciudades, otros pueblos que desconozco,

y otros hombres que sueñan, también, enamorados.

Podrás estar ausente,

pero vives en el mundo que yo estoy inventando.

MANUEL ARCE

Santander, Agosto 1949.